

# UN PUEBLECITO

## EL TRABAJO

POR M. MOLINA

Como necesidad ineludible, vital, el trabajo ha sido revestido de incentivos en forma de motivaciones morales; estímulos que, la verdad sea dicha, tienden a anular o disimular lo desagradable que en sí contiene. No en vano su origen fué el castigo. Por ello no es de extrañar que incluso los que crean afortunadas frases o gestionan medallas, procuren no hacerse merecedores de tales distinciones ni de los ajados calificativos.

La naturaleza humana, quizá por atavismo, tiene un fondo de ociosidad rememoradora de perdidos paraísos e ilimitadas abundancias. De ahí que siempre que puede arroja sobre espaldas ajenas el peso del trabajo aunque cubra de gloria y elocuencia, de condecoraciones y pergaminos, esa actividad sobrecargada del semejante, que compensa el ocio efectivo comodón del pícaro dispensador de alabanzas.

Villa del Deseo, comunidad humana, suma por tanto de todos los defectos y virtudes individuales de sus componentes, no puede ser excepción de una tendencia general. No es extraño, pues, su deseo de liberación del castigo.

Y la ocasión se presentó cuando un despistado organismo de esos que todo lo investiga y descubre, le inventó una tradición: la representación popular de no se que absurdos sacrificios a no se cuales dioses; el triunfo del bien sobre ciertos pretendidos males. Una alegoría, en fin, cuya comprensión requería unas cultas notas explicativas, gracias a las cuales el erudito que las compuso ocupa hoy sillón académico.

Villa del Deseo recibió su novísima tradición con la fruición y el entusiasmo que ponía en todo lo nuevo; perdón, en todo lo antiguo. La posibilidad turística del hecho movió a

promocionar una campaña a escala mundial. Levantáronse albergues, paradores, hoteles, para todos los exóticos gustos. La recoleta, callada y breve placita mayor del pueblo, se amplió en proporciones gigantes, derribando prácticamente la totalidad del pueblecito limpio, gracioso, actual y construyendo otro antiguo, destartado, con gloriosas ruinas.

Sobre el marco incomparable de la reconstruida plaza, se montó el tinglado de la representación. Todo el pueblo participaba en ella, con vestuario adecuado a la celtibérica época y no muy acorde, por tanto, con el ortodoxo y arcaico criterio del viejo párroco.

El espectáculo era grandioso. Un auténtico alarde de dirección escénica, de montaje, de iluminación eléctrica; un verdadero éxito de público extranjero que se aburría soberanamente, con ese ancestral aburrimiento de cámara de lores indiferente y despectivo, ante el ininteligible y ripioso poema en versos de romancero. Los más jóvenes, se preguntaban, alguna que otra vez; ¿cuando venir el toro?

El éxito logrado obligó a realizar representación tras representación, convirtiendo lo que era casi juego en duro trabajo. Y los villadeseanos comenzaron a cavilar que trabajar para obtener el rubio trigo, las jugosas manzanas o los orondos melones del pueblo, era correcto; trabajar para hacer reír y quitar pesadumbres también era, en verdad, elogiabile; pero sudar, trajinar y no dormir para aburrir a sus semejantes, no tenía senti-

do ni dignidad. Y entonces, empezaron a desertar de la comparsa, volviendo a su rutinario y más tranquilo quehacer.

Decayó la farsa, el movimiento turístico se encauzó hacia otros lugares y Villa del Deseo recobró su eterna quietud.

